

Segundo Domingo de Pascua - Ciclo A

Dr. D. Isidro Gomá y Tomás

APARECE JESÚS A LOS APÓSTOLES REUNIDOS

Ion. 20, 19-23; Lc. 24, 37-39: 41-44 (Mc. 16, 14; Lc. 24, 36-40)

Explicación. — La relación de las santas mujeres, y aún la de Pedro, afirmando ante los discípulos que habían visto a Jesús resucitado, no disipó todas sus dudas. Ni la detallada descripción de los discípulos de Emaús mereció por un momento más crédito: “Ni a éstos creyeron” (Mc. 16, 13). Jesús va a coronar sus apariciones con la que aquí se narra, hecha en conjunto a todos los Apóstoles y algunos discípulos que con ellos estaban. Marcos no hace más que una alusión rápida a esta aparición; Lucas y Juan dan de ella preciosos detalles, que mutuamente se completan. Distinguimos en este relato: la aparición (Ioh. 19; Lc. 37-39); pruebas que les da de la verdad de su resurrección (Ioh. 20; Lc. 41-44); poderes que les confiere (Ioh. 21-23).

LA APARICIÓN (Ioh. 19; Lc. 37-39). — Tuvo lugar en el mismo momento en que los discípulos de Emaús narraban a la asamblea de los Apóstoles y discípulos lo que acababa de ocurrirles aquella tarde: Y mientras hablaban de estas cosas..., sucedía ello el mismo día de la resurrección, al anochecer, y estando los discípulos congregados y encerrados por el miedo que los sinedritas les inspiraban, y con razón, pues estarían irritados con el supuesto robo del cuerpo del Señor: siendo ya tarde, aquel día, el primero de la semana, y estando cerradas las puertas en donde se hallaban juntos los discípulos por miedo de los judíos... Acababan de cenar, cuando estaban a la mesa. La aparición de Jesús en medio de ellos fue súbita; el cuerpo de Jesús, glorificado ya, no necesitó se abriese paso para entrar en el local cerrado: tenía las condiciones del cuerpo «espiritual», de que nos habla el Apóstol (1 Cor. 15, 44): Vino Jesús, y se puso en medio, y les saludó con la fórmula corriente entre los judíos: Y les dijo: Paz a vosotros. Esta paz es ya más fecunda: es la paz del Príncipe de la paz, la paz mesiánica, fecunda en toda suerte de bienes. Como si quisiese Jesús darles un presagio de los bienes de esta paz, añade: Yo soy, no temáis.

A pesar de las dulces palabras de Jesús, su aparición súbita les había llenado de terror; sin embargo, sin ruido, a través de paredes y puertas han visto a un hombre aparecer ante ellos; creyeron se trataba de un espectro o fantasma, no de un cuerpo real: Mas ellos,

turbados y espantados, pensaban que veían algún espíritu: itanto les costaba persuadirse de la resurrección del Señor, a pesar de ser ya la cuarta vez que se aparece! Jesús les tranquiliza, dándoles a entender que es él, el único que puede leer en sus pensamientos: Y les dijo: ¿Por qué estáis turbados, y por qué dais lugar en vuestro corazón a tales pensamientos, haciendo conjeturas de si soy o no un espíritu? No lo soy; mirad, para convenceros, que conservo aún en mis manos y pies las señales de los clavos de la crucifixión: Ved mis manos y mis pies, que yo mismo soy: no me miréis ya sólo la cara, por la que se conoce el hombre, sino mis miembros con los vestigios de mi suplicio. Pero, por si temieseis engaño de la vista, os ofrezco mi cuerpo para que lo palpéis, y os convenzáis de que no soy fantasma o visión, sino que tengo carne y hueso como vosotros: Palpad y ved: que el espíritu no tiene carne ni huesos, como veis que yo tengo.

PRUEBAS DE LA VERDAD DE LA RESURRECCIÓN (Ioh. 20; Lc. 41-44).

De las palabras pasa Jesús a los hechos: les enseña aquellas partes del cuerpo en que quedaron más profundamente impresos los estigmas de la pasión: Y cuando esto hubo dicho, les mostró las manos, y los pies, y el costado: Los Apóstoles y discípulos mirarían y tocarían con atención y reverencia las cicatrices sagradas; es el primer argumento que les da: el de la vista y tacto, sentidos los más fidedignos. La certeza de que están viendo a Jesús les inunda de gozo: Y se gozaron los discípulos viendo al Señor: empiezan a realizarse las palabras que les había dicho, de que les vería otra vez y se alegraría su corazón (cf. Ioh. 16, 22). Aprovecha Jesús estos momentos de santa expansión de sus discípulos para darles una lección de docilidad de espíritu, cuando hay motivos bastantes para creer: Y los reprendió por su incredulidad y dureza de corazón: porque no habían creído a los que lo vieron resucitado.

Pero les confirma en la verdad de su resurrección dándoles un segundo argumento. Es fenómeno psicológico universal que difícilmente creamos, por instintivo temor de que frustre el gozo, los faustísimos sucesos que nos atañen; esto les ocurre a los discípulos: han oído las referencias de los compañeros que han visto a Jesús resucitado; le tienen presente; han mirado y palpado su cuerpo sagrado; pero el mismo gozo es obstáculo a la fe completa: Mas, como aún no lo acaban de creer, y estuviesen maravillados de gozo, dándoles una prueba aún más fehacientes, les dijo: ¿Tenéis aquí algo de comer? Los espectros y los espíritus no comen; si Jesús come, la prueba es decisiva: Y ellos le presentaron parte de un pez asado y un panal de miel, un trozo de panal, ambos manjares probablemente restos de la cena frugal que acababan de tomar. Jesús comió; los cuerpos glorificados no tienen necesidad de comer, pero pueden

hacerlo y absorberlos en alguna manera: Y habiendo comido delante de ellos, tomó las sobras, y se las dio.

Finalmente les da una razón sintética para acabar de disipar las dudas que sobre su resurrección pudiesen aún abrigar. La causa de su incredulidad ha sido la decepción o desengaño sufrido al ver padecer y morir a Cristo; como los discípulos de Emaús, habían creído las cosas gloriosas de Jesús, no las humillaciones; cuando éstas vinieron, se llamaron a engaño. Jesús afirma de un modo general que todo ello estaba ya predicho en los Libros Sagrados, y que El mismo se lo había advertido en tiempo, cuando convivía con ellos en su vida mortal: Y les dijo: Estas son las palabras que os hablé, estando aún con vosotros, que era necesario que se cumpliese todo lo que está escrito de mí en la Ley de Moisés, y en los Profetas, y en los Salmos: son las tres grandes divisiones de los Sagrados libros, según los judíos: el Pentateuco, los Profetas y los Libros poéticos, de los que los principales son los Salmos.

PODERES QUE DA JESÚS A SUS DISCÍPULOS (Ioh. 21-23). — En aquel recinto cerrado está la Iglesia naciente, con Cristo vivo y aun presente según su presencia visible; el gozo de que están inundados los discípulos va a transfundirse a toda la Iglesia, de todos los siglos, en virtud de los poderes que va a conferirles. Antes de hacerlo, vuelve Jesús a saludarles con solemnidad enfática: Y otra vez les dijo: Paz a vosotros. La palabra de Jesús es eficaz: El vino para pacificar a los hombres con Dios; el primer poder que dará a sus Apóstoles será el de ser continuadores de esta obra de pacificación (cf. 2 Cor. 5, 18-20): Como el Padre me envió, así también yo os envío: Jesús se hace igual al Padre en el poder de enviar; y envía a los Apóstoles para que sean, como El, ministros de pacificación.

Para esta grande obra necesitan los Apóstoles y sus sucesores la fuerza vivificadora del Espíritu Santo. Jesús se lo da, por medio de una acción material simbólica, que podríamos llamar sacramental, porque obra lo que significa, la insuflación: Y dichas estas palabras, sopló sobre ellos. El soplo es símbolo del Espíritu: hálito y espíritu se designan en griego con la misma palabra «pneuma». Al soplo acompañó unas palabras expresivas del símbolo: Y les dijo: Recibid el Espíritu Santo: ya le tenían los discípulos al Espíritu Santo por la justificación, pero ahora lo reciben en orden a los oficios que deberán llenar; no con toda su plenitud y en forma solemne y visible, como el día de Pentecostés, sino para determinados fines y como preparación para la venida solemne. Por esta insuflación expresa Cristo que el Espíritu Santo procede del Padre y de Él, y que como es del Padre, así también es suyo.

Parte principal de aquel ministerio de pacificación y fruto capital del Espíritu que acaba de darles es el perdón de los pecados, porque es el

pecado el que pone la discordia entre Dios y el hombre. Jesús tenía este poder (cf. Mt. 9, 6); ahora se lo da a los Apóstoles: A quienes perdonareis los pecados, quédanles perdonados: y a quienes se los retuviereis, no desatándolos por el perdón, porque el perdón es el que libra del pecado, retenidos les quedan. Por lo mismo, los Apóstoles y sus sucesores serán jueces que deberán discernir los casos en que deberán retener o perdonar los pecados: luego éstos les deberán para ello ser declarados. Por esto la Iglesia ha visto siempre en estas palabras contenido el precepto de la confesión distinta de los pecados.

Lecciones morales.

A) Ioh. v. 19. — Estando cerradas las puertas... vino Jesús... — Era de noche, cuando suele agravarse el miedo; los enemigos eran muchos, poderosos, enconados; los discípulos pocos e inermes; faltábales el sostén, que era Jesús; el recuerdo de los pasados sucesos había deprimido su espíritu: por todo ello, el temor sobrepuja a la esperanza y se encierran todos en un mismo lugar; tienen a lo menos el consuelo de estar juntos. En estos aprietos es cuando Jesús les visita; y con su visita les devuelve el gozo, la fuerza, la esperanza en días mejores. Antes de la visita de Jesús la cerrazón cubría los horizontes de su vida; ahora se ha abierto de par en par su corazón. Confíemos en la misericordia de Jesús, que tiene sus consuelos más llenos para nuestras horas más desoladas.

B) v. 19. —Paz a vosotros. —Avergoncémonos, dice San Gregorio Nacianceno, de abandonar este don precioso de la paz que nos dejó Cristo al salir de este mundo. La paz es nombre y cosa dulce: es de Dios (Phil. 4, 7), y Dios es de ella, porque El es nuestra paz (Eph. 2, 14). Y no obstante, siendo la paz un bien alabado y recomendado por todo, es conservado por pocos. ¿Cuál es la causa de ello? Quizá la ambición de dominio o de riquezas ; tal vez la ira, el odio, el desprecio del prójimo, o alguna otra cosa análoga en que incurrimos ignorantes de Dios ; porque Dios es la suma Paz que lo aúna todo ; de quien nada es más propio que la unidad de naturaleza y el ser y vivir pacífico. De El se deriva la paz tranquilidad a los espíritus angélicos, que viven en paz con Dios y consigo mismos; de El se difunde a toda criatura, cuyo principal ornato es la tranquilidad; a nosotros viene espiritualmente por la práctica de las virtudes y la unión con Dios.

C) Lc. v. 39. — Palpad y ved: que el espíritu no tiene carne ni huesos...—Dijo esto Jesús, dice San Ambrosio, para que conociéramos la naturaleza de los cuerpos resucitados: porque lo que se palpa, cuerpo es. Siendo, pues, la resurrección de Jesús causa y modelo de la nuestra, estemos ciertos que resucitaremos en nuestra propia carne, según la misma naturaleza que actualmente tiene, y según sus mismos elementos, aunque con distintas propiedades. No será nuestro cuerpo una sombra impalpable, dice San Gregorio, más sutil

que cualquier gas, como quiso Eutiques, sino que será sutil por la virtud espiritual que le informará, palpable por su naturaleza. Podemos decir lo del Apóstol: se siembra un cuerpo animal; se levantará o resurgirá un cuerpo espiritual (1 Cor. 15, 44). Será la glorificación de la materia, levantada a la participación de las mismas cualidades del espíritu en lo que puede participarlas. Como el espíritu, será el cuerpo glorificado ágil, sutil, luminoso, permeable para todo y todo permeable para sí. Todo ha querido restaurarlo Cristo Jesús.

D) v. 41. — ¿Tenéis aquí algo de comer? — Aparece aquí la gran misericordia de Jesús, para sus discípulos y para nosotros. Para ellos, porque multiplica ante ellos, que le habían visto muerto, las pruebas de su resurrección: han visto sus cicatrices, les ha dejado palpar las hendiduras de los clavos, les ha hablado, y le han visto como a cualquier otro mortal; ahora, para que se acaben de convencer de la verdad de su carne, ya que todavía titubeaban, les pide de comer; y come, no por necesidad, sino porque quiere, e ingiere una cantidad de alimentos y da a ellos las sobras. Tiene delante un hombre no de sola apariencia, sino tan real como ellos. Y para nosotros, porque la irresolución de los discípulos en creer y la prodigalidad de pruebas con que arranca definitivamente su asentimiento, son multiplicadas razones, de carácter absolutamente histórico, que nos inducen a nosotros a admitir una verdad que es fundamental en el cristianismo. Nunca es Dios avaro de luz cuando se trata de enseñarnos una verdad; y jamás ha tratado de violentar las condiciones naturales de nuestro conocimiento, hasta para darnos la doctrina sobrenatural.

E) Ioh. v. 21. — Como el Padre me envió, así también yo os envío. — Esta misión es uno de los misterios más profundos y con-soladores de nuestra doctrina cristiana. Misión es apostolado, es legación, es poder representativo. El Padre destaca de su seno, si así puede hablarse, al Hijo para que se haga hombre y redima al mundo y le enseñe la doctrina divina y funde su Iglesia. Y el Hijo destaca de sí a sus Apóstoles, y éstos a sus sucesores los Obispos, y éstos a los sacerdotes sus colaboradores, para que continúen su obra. Jesús, con la plenitud de los poderes que ha recibido del Padre, ha hecho lo fundamental; y luego comunica la plenitud de estos poderes a sus Apóstoles, en cuanto son necesarios para seguir su obra. Así nuestra misión sacerdotal sube, por Cristo que nos envía, al Padre que le envió a El. Acordémonos, los que somos enviados, de nuestra dignidad, de nuestra autoridad y de la santidad y celo que nuestra misión exige. Y aprenda el pueblo el respeto, la docilidad, el amor, el auxilio que debe a los ministros y enviados de Dios.

F) Ioh. v. 22. — Recibid el Espíritu Santo. — ¡Palabra fecunda la de Jesús en estos momentos! Apenas salido de la tumba, vivo y glorioso, da a sus discípulos el Espíritu Santo, que es el Espíritu vivificador. Es

su propio Espíritu, el Espíritu de Jesús, que va a animar ya sobrenaturalmente a su Iglesia. Vendrá más tarde, el día de Pentecostés, de una manera solemne y en toda su plenitud; pero, interinamente, ya tienen los discípulos el Espíritu de Dios en ellos y con ellos. Y este Espíritu ya no estará ocioso; lo vivificará todo; renovará la faz de la tierra; será Dedo de Dios, Voz de Dios, Fuego de Dios: todo lo tocará, lo hará retemblar, lo purificará todo. ¡Ven, Espíritu Santo, y llena nuestros corazones !

OTRA APARICIÓN A LOS APÓSTOLES CON SANTO TOMAS: Ioh. 20, 24-31

Explicación. — La narración de este hecho es peculiar del cuarto Evangelio: podemos distinguir en ella: la incredulidad de Tomás (24.25); la aparición de Jesús (26-29); con una especie de resumen de su Evangelio con que terminaba primitivamente la obra de San Juan, a la que con posterioridad añadió el mismo autor el último capítulo, como se dirá en su lugar (30-31).

INCREULIDAD DE TOMÁS (24.25). — Nada fáciles fueron los Apóstoles en creer la resurrección de Jesús, y apenas si cedieron al testimonio de los sentidos, la vista y el tacto. Todo ello lo quiso Dios para que se multiplicaran los argumentos de que pudiesen disponer las posteriores generaciones cristianas para demostrar el hecho de la resurrección. Para el Apóstol que aquí es protagonista y para nosotros, este episodio es de irrecusable fuerza demostrativa.

Por motivos que el Evangelista ni siquiera insinúa, el apóstol Tomás no estaba en compañía de los otros diez al anochecer del día de la resurrección, cuando les apareció el Señor: Pero Tomás, uno de los doce, que se llamaba Dídimos, o gemelo (cf. núm. 139), no estaba con ellos cuando vino Jesús. Contáronle los demás el suceso de la aparición de la que fueron testigos; por lo que Tomás les responde, se lo contarían con todos los detalles, especialmente que les consintió tocar sus manos, pies y costado: Y los otros discípulos le dijeron: Hemos visto al Señor. Tomás niega su asentimiento al testimonio de sus compañeros; tan inverosímil le parece el hecho de la resurrección, que no cederá sino a su propia y personal experiencia: Mas él dijo: Si no viere en sus manos la hendidura, la marca, el vestigio, de los clavos, y metiere mi dedo en el lugar de los clavos. y metiere mi mano en su costado, lo que de-muestra la extensión de la herida del sagrado pecho, no creeré. Doble falta cometió aquí el Apóstol incrédulo: la de negar fe a los dichos de todos los demás, y la de señalar las condiciones sin las cuales no asentirá. No obstante, Jesús condescenderá con su Apóstol, y su incredulidad característica dará lugar a que crea él y se robustezcan los motivos que tenemos de credibilidad en el gran milagro.

LA APARICIÓN (26.29). — El primer día de la segunda semana después de la resurrección, ocho días cabales después de la primera aparición a los discípulos congregados, la reiteró en las mismas condiciones de la anterior: Y al cabo de ocho días estaban otra vez sus discípulos dentro, y Tomás con ellos: vino Jesús, cerradas las puertas, y se puso en medio, y dijo: Paz a vosotros. En esta repetición de las apariciones de Jesús en el mismo día ha visto la antigüedad cristiana una especial santificación del día de la resurrección; es por ello que el descanso sabático de los judíos ha venido a ser la fiesta dominical de los cristianos; el día de la Resurrección del Señor es en nuestra Liturgia el domingo principal del año; las demás dominicas dependen en su cómputo y son como un eco de la fiesta de la Resurrección.

Jesús ya va directamente, lleno de piedad, a la conquista del entendimiento y corazón del Apóstol incrédulo: Y después dijo a Tomás, dándole a conocer que no ignoraba sus palabras y la condición que había impuesto para creer: Mete aquí tu dedo, y mira mis manos, y trae tu mano, y métela en mi costado; y reprendiéndole con dulzura añade: Y no seas incrédulo, sino fiel.

¿Tocó Tomás los vestigios de las llagas de Jesús? Afirmanlo la mayor parte de los intérpretes, como condición exigida a sí mismo por el Apóstol para creer. Pero parece más conforme a la narración afirmar, con Knabenbauer y otros, que no llegó Tomás a tocar el sagrado Cuerpo y que creyó a la sola vista de los santos estigmas; la frase admirativa, entrecortada, llena de religioso res-peto que pronuncia el Apóstol, revela la emoción, el arrepentimiento, la fe profunda del mismo a la sola vista de las cicatrices veneradas: Respondió Tomás y le dijo: Señor mío y Dios mío: le llama Señor, y en esto reconoce su humanidad; y Dios, en lo que afirma su divinidad.

Acepta Jesús y alaba la confesión de Tomás: Jesús le dijo: Porque me has visto, Tomás has creído: has hecho bien en creer después de ver; aunque mejor hubiese hecho creyendo por el testimonio de los demás y por lo que yo mismo había dicho de mi resurrección. Hay, pues, aquí alguna manera de reprensión por la tardía y nada fácil fe del Apóstol. Nótese que dice Jesús: «porque me has visto», no «porque me has tocado», lo que parece legitimar la interpretación según la cual no tocó Tomás a Jesús. No le faltó al Apóstol su mérito, porque vio al hombre y creyó en Dios, viendo con los ojos de la fe, a través de la carne de Cristo, el poder y la gloria de la divinidad. Con todo, es mejor, porque es más abnegada, la fe de aquellos que no exigen el testimonio de la experiencia personal para creer: Bienaventurados los que no vieron, y creyeron: No es que le falte a Tomás su parte en la bienaventuranza, porque creyó más de lo que vio y sobre lo que vio; pero es más meritoria la fe que no necesita el testimonio de los sentidos corporales.

PRIMERA CONCLUSIÓN DEL EVANGELIO DE SAN JUAN (30.31).

— Narradas las apariciones de Jesús resucitado en la Judea, añade Juan, a guisa de epílogo, estos dos versículos, con los que terminaba primitivamente su libro. Más tarde, y para desvanecer el error de aquellos que, interpretando mal unas palabras de Jesús error de aquellos que, interpretando mal unas palabras de Jesús, mente el texto de lo que es hoy último capítulo del cuarto Evangelio.

No ignora Juan que en su Evangelio no ha narrado muchos milagros obrados por Jesús: predominan en él los discursos. Sabe que los tres Evangelios que hoy llamamos sinópticos, escritos antes que el suyo, contienen mayor número de milagros del Señor. Y para que los lectores de los demás Evangelios creen los milagros en ellos descritos y para que se vea que su propósito no ha sido acumular la descripción de hechos prodigiosos, dice: Otros muchos milagros hizo también Jesús, antes de su muerte y después de su resurrección, en presencia de sus discípulos, que debían dar testimonio de ellos, y que no están escritos en este libro de su Evangelio.

Y añade la finalidad que se propuso al escribir la obra, y que ha dejado entrever en muchos pasajes de la misma (cf. 1, 14-18. 27.33.49-51; 2, 11; 3, 13; 5, 18; 6, 68; 7, 29, etc.): Mas éstos han sido escritos para que creáis que Jesús es el Cristo, el Hijo de Dios. El objeto que se propuso, pues, al redactar su Evangelio, fue demostrar que aquel hombre que recorrió Palestina, que predicó, padeció, murió y resucitó, era el Mesías prometido por los profetas, y que por ello se debía fe a su misión y a sus enseñanzas. Como fin ulterior y definitivo, digno del celo de un Apóstol, se propuso Juan que sus lectores, por la fe en Cristo lograsen la vida divina, en el tiempo y en la eternidad: Y para que, creyendo, tengáis vida: aquella vida, sobrenatural y eterna, de la que con tanta frecuencia habla el Evangelista, que sólo se logra en su nombre, en el de Jesús por sus méritos y poder, única por la que somos hechos salvos.

Lecciones morales.

A) v. 25. — Si no viere en sus manos la hendidura de los clavos... — Más craso y material que los demás Apóstoles, dice el Crisóstomo, el apóstol Tomás buscaba la fe que deriva del sentido más craso y material de todos, que es el del tacto. Porque no le basta con ver, sino que quiere tocar. Así son muchos hombres groseros, para quienes tiene, hasta en las cosas espirituales, más fuerza el sentido que la razón. Nosotros no debemos ser así; no debe ser nuestra fe ciega, ni ligera, ni irracional; pero debemos dar a nuestras fuentes de conocimiento el valor que les corresponde en orden a la fe. La historia depurada, la autoridad de la Iglesia, la misma autoridad de los técnicos que indican la intervención de un elemento sobrenatural en

las curaciones, etcétera, la deposición de testigos fidedignos, hecha en la debida forma, tiene tanta fuerza como nuestros mismos sentidos en orden a la testificación de un milagro, ya que personalmente podemos dejarnos sugestionar, o carecer de las condiciones necesarias de cultura, o padecer una ilusión ante lo que podría parecerse milagroso y no lo es.

B) v. 27.— Mete aquí tu dedo... — ¡Cuán suave y misericordioso es el Señor ; Pudo resucitar, si hubiese querido, sin que apareciera en su cuerpo sagrado vestigio alguno de los clavos y lanza; pero no quiso borrar la aparente fealdad de sus cicatrices, dice San Agustín, en favor de sus amigos y como testimonio entrar sus enemigos. Para sus amigos fueron aquellas cicatrices un medio de identificarle y creer en su resurrección, o para los que no le vieron resucitado, como nosotros, un medio de curar la llaga de nuestra infidelidad, creyendo sobre el testimonio de quienes vieron aquellas llagas. Para sus enemigos, los incrédulos, los impíos, los mismos pecadores, serán aquellas llagas un perpetuo reproche y testimonio contra ellos; como si dijera Jesús, mostrándolas: «He aquí el hombre a quien crucificasteis; veis las heridas que le causasteis; conocéis el costado que traspasasteis, que por vosotros y para vosotros fue abierto: y, no obstante, no quisisteis entrar en él.»

c) v. 29. — Porque me has visto, Tomás, has creído. — La fe, dice San Agustín, es creer lo que no ves; es, dice el Apóstol, la sustancia de lo que esperamos, argumento de las cosas que no aparecen (Hebr. 11, 1): no se tiene fe, sino ciencia, de lo que se palpa y se ve; por ello en el cielo, donde veremos a Dios, no tendremos fe. ¿Por qué, pues, dice Jesús a Tomás que creyó porque vio? Porque vio una cosa y creyó otra: vio las llagas, y creyó en la resurrección; vio el cuerpo de Jesús, y creyó en su divinidad. Este es el oficio del milagro; llevarnos, como de la mano, a la fe: el sentido nos atestigua un hecho de orden material; pero la razón nos dice que aquel hecho, en aquella forma, en aquella manera, en aquel momento, no puede producirse sin una intervención sobrenatural y divina; y entonces creemos en lo que no vemos, es decir, asentimos, con nuestro entendimiento y voluntad, a algo que está sobre el hecho que nos han denunciado los sentidos.

D) v. 29. — Bienaventurados los que no vieron, y creyeron. — En esta sentencia venimos comprendidos nosotros, que no hemos podido ver ni palpar las llagas de Cristo, dice Teofilacto. No digamos, pues: «Ojalá hubiese yo podido ver las llagas del Señor», dice el Crisóstomo: porque también somos, o podemos ser bienaventurados, más aún que los mismos que las vieron, porque es más difícil y meritoria nuestra fe. Lo capital es que obremos lo que creemos, dice San Agustín, porque aquel es verdadero creyente que lleva a la práctica de la vida aquello que cree.

E) v. 30. — Otros muchos milagros... que no están escritos en este libro. — Tenemos aquí multiplicidad de milagros, de narradores de ellos y de testigos presenciales de los prodigios. Todo cuanto se requiere para que los milagros sean lo que deben ser: signo y garantía de la misión divina de Jesús y de la verdad de su doctrina. Ni los hechos milagrosos han sido desmentidos, ni se ha podido hallar contradicción entre los cuatro Evangelistas que los narran, ni los testigos presenciales de buena fe pudieron atribuirlos a otro poder que no fuera el de Jesús. Y a más de los que se refieren en los Evangelios, tan bien constatados, hay otros muchos, obrados por el Señor antes y después de su resurrección, cuya simple referencia es a mayor abundamiento, y para que veamos que Dios ha querido garantizar plenamente las verdades que nos enseñó. La crítica de todos los siglos ha tratado de negar, de explicar, de adulterar los milagros de los Evangelios. No ha podido hacer mella en su verdad, porque no ha podido argüir de falsedad a estas narraciones sencillas, de testigos presenciales, que llevan en sí mismas la marca de la más absoluta veracidad. Bendigamos a Dios, que tan sabiamente fundó los cimientos de nuestra religión y de nuestra fe.

F) v. 31. — Estos han sido escritos para que creáis que Jesús es el Cristo... — La finalidad del milagro no es de orden natural: no se hacen los milagros para que admiremos el poder de Dios, del que hartos argumentos tenemos en la creación; ni con un fin espectacular, para que nos gocemos en la manifestación extraordinaria de un poder oculto. El milagro es un hecho de orden sensible, extraordinario, que rebasa las fuerzas de la naturaleza, para que, a través de lo material de él, nos remontemos a lo espiritual y eterno (2 Cor. 4, 18). El milagro lo hace Dios para que creamos, para que le amemos, para que, por la fe y el amor, tengamos vida sobrenatural en el nombre de Jesús (v. 32). Así viene a ser el milagro como una propedéutica o preparación a la fe. No todos los que ven el milagro creen, porque el hombre puede cerrar sus ojos a la luz divina que el milagro encierra; pero el milagro tiene luz bastante para guiarnos a Dios y para que, hallándole, vivamos en Él.

(Dr. Isidoro Gomá y Tomás, *El Evangelio explicado*, Ediciones Acervo, Barcelona, 1967, Págs. 713- 724).